

S. O. S.

Alarma en las tablas

Sabemos y nos consta que nadie lo ha querido y que el suceso se ha dado completamente espontáneo. Pero hay que reconocer que esta jugarreta gastada por el destino merece no solo el comentario de estas líneas, si que también la acción de los que deben aplicarla.

Trátase, como ya saben algunos lectores, de que, entre las nuevas exigencias del cinema por una parte, y el cierre de un local por la otra, la ciudad, con tres salas de espectáculos, va a quedarse temporalmente nada menos que sin teatro.

Al cierre del Salón Oriente han sumado ahora las inconveniencias que tanto en el Victoria como en el Noveidades representa, según dicen, el desmontaje y la reinstalación de sus pantallas panorámicas.

Vamos a creer que la misma gravedad de una tal situación sirva de vehículo hacia la fórmula precisa, ya que siempre los grandes males suelen llevar aparejados sus mismos grandes remedios.

Hoy que la vida guixolense puede, como nunca, aspirar a tantas cosas, no podemos resignarnos a la idea de que el arte de Talia deba en la ciudad cerrar sus puertas y condenar al ostracismo sus muchas vocaciones, con total renuncia de una tradición que a todos nos enorgullece.

Sin ganas de discutir ni aminorar unas dificultades que por desgracia, puede que sean demasiado ciertas, apelamos ante todo a la conciencia de nuestros empresarios seguros de que en esta ocasión rivalizando con sus propias facilidades otorgadas en otras anteriores, no han de negarnos tampoco lo que solo ellos pueden, lo que de ellos se espera.

De una cosa podemos estar seguros: Que la ciudad no va a quedarse sin teatro. Y con esta idea que debe de estar fija en toda mente responsable, cerramos hoy esta llamada de socorro con la esperanza de que los hechos querrán que ella sea la primera y la última.

! Cristo ha venido !

CUENTO

Su soledad se prolongaba, frase suya que siempre repetía, más allá del cielo, más por designio del Padre de más allá del cielo llegó la Natividad del Hijo, entonces... entonces ya no estaba solo. Diciembre clavaba sus postremos números en el fangoso invierno de un año cualquiera. La niebla en un salmodia suave y angélica, vapor de alas de ángeles transparentes de amor y de custodia, era la dueña de la intimidad quimérica de los días.

Los árboles, cantos mudos, oseas cuñas, replegados en sí mismos, esperaban. La lluvia quiso unirse al concierto, al preludeo mejor dicho de los grandes días, y sus gotas fueron por un momento reguero de sobrias perlas y transparencias que acunaban las nubes altas, hijas de un vapor indivisible que olía a siempre a nunca a eternidad y que ahora, cada día más, sabía a gloria y a misterio de un Dios progresivamente humanizado para hermanarnos.

Miró al cielo y éste era puro como si se contemplara a sí mismo, como si cuidara su propia pureza con la amorosidad de un egolatra. El cielo era un irisado reflejo de serenidad. Su bóveda, existe en verdad, pensó, la tan traída y llevada bóvedacel este, ¡sí!, ¿quién lo ha comprobado?. ¡Nadiel, estaba seguro de ello; su bóveda era una síntesis de aire y líneas sin fin. El agua era la lágrima de la estrella madre, creadora de bóvedas con aire de universo y aire de alma ardiente de luces, victorias y logros definitivos. El agua del cielo era luz del sol, hambrienta de cielos humanos, que hacía estremecer el alma de la tierra muda en su canto perpetuo de impotencia. El cielo consoló su mirada. La tierra le dijo que siguiera por la vida ¡Cristo venía!

Mas él se sentía solo, a veces pensaba, se sentía tan solo como antes de venir al mundo. Creyó por un momento que estaba engendrado por el amor de Cristo. El calor de una madre — un ojo lloró al pensar en esto, el otro seguía seco y se puso rojo y quizá lloró sangre, no se fijó — y el calor de fe formaban en su mente el villancico de su derrota, de una ausencia sin nombre, sin principio ni fin. Mas la esperanza era grande y la tierra le dijo que siguiera por la vida, ¡Cristo venía!

* * *

Iría a buscar a Juana y así no estaría solo. Salió a la calle. Andó. Torció a derecha e izquierda. Siguió hasta el fondo de un callejón. Subió una escalera. Llamó. Nadie contestaba.

Una vecina le dijo que Juana se había ido.
— ¡A donde! — inquirió —.

El corazón le daba vueltas por el cuerpo. La vecina respondió que no lo sabía. Se había ido con llanto por la mañana.

— Lo único que tengo de ella — prosiguió la vecina — es este pañuelo que se le cayó con las prisas.

— ¡Démelo! — gritó —.

Al tocarlo estrechó en su puño el llanto de Juana. El pañuelo estaba húmedo de unas lágrimas a las que ahora tendría con él para siempre. Su dueña quizá no volviera jamás.

— Gracias — musitó a la vecina y se fué rápido con el helado viento de la noche —.

Calles, plazas, gente arremolinada formaban el paisaje mudo que pasaba ante sus ojos. Reuía los encontronazos pues en aquellos momentos sus semejantes eran para él mundos sin alma, pero... oyó en su interior la voz de la tierra que le decía que siguiera por la vida ¡Cristo venía!. Continuó andando, de súbito, quedóse clavado y sus nervios se adentraron en la tierra cual raíces sedientas de humedad. Juana estaba allí, delante de él, la veía otra vez con los ojos de siempre. Su pecho se le abrió y empezó a gritar, su corazón ya buscaba afanosamente el corazón de ella y en la albura de la luz de un farol veía escritas con sangre las cinco letras del nombre de ella, que para él eran las cinco partes del mundo, los cinco dedos de la mano, los cinco sentidos, todo en fin fuera humano o divino y que pudiera albergar en su pecho, henchido ahora de gozo. Si era verdad ¡Cristo venía! El pañuelo de ella que le había dado la vecina, en todo esto, se le cayó al suelo. Lo vió, más no hizo el más leve movimiento para recogerlo. Ahora estaba alegre, y aquel pañuelo era un trozo de pena sin vida. Juana se le acercó, su sombra le pareció un canto de bienestar sin conciones, un humilde villancico que le descubría al Hijo de Dios que venía con el aire de la noche y la brisa del amanecer.

— Quiero ir contigo — le dijo —.

Estas palabras le volvieron a la realidad y avanzando hacia ella dudando aún, le dijo:

— Ven, vamos.

Ya la noche mesaba sus cabellos; las estrellas formaban en el cielo un abrazo mudo.

Juana sentía que era feliz. El, él jugaba con su felicidad como un niño con juguete nuevo. Los dos siguieron juntos calle abajo. Las gentes les apretujaban y ellos encontraban aún la ciudad demasiado grande. Siguiéron. De pronto la luna apareció más plateada.